
CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN

FLOREAL GORINI

ANUARIO DE INVESTIGACIONES

AÑO 2013

RACIONALIDADES DE GOBIERNO

AUTORA: MARA GLOZMAN

TITULO DEL TRABAJO: Varsavsky: Proyectos Nacionales, estilos de desarrollo y emancipación



Publicación Anual - Nº 4

ISSN: 1853-8452

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 - www.centrocultural.coop

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Anuario de Investigaciones - Año 2013

Directores de la publicación:

Pablo Imen

Paula Aguilar

Marcelo Barrera

Ana Grondona

Natacha Koss

Gabriela Nacht

Luis Wainer

Sofía Calderón

Director del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini: Prof. Juan Carlos Junio

Subdirector: Ing. Horacio López

Director Artístico: Juano Villafañe

Secretario de Ediciones y Biblioteca: Jorge C. Testero

Secretario de Investigaciones: Pablo Imen

Secretario de Comunicaciones: Luis Pablo Giniger

^^ Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 -
www.centrocultural.coop

^^ De los autores

Todos los derechos reservados.
ISSN: 1853-8452

Varsavsky: Proyectos Nacionales, estilos de desarrollo y emancipación¹

“El paisaje me revienta. No miro las montañas ni por broma. ¿Qué hacemos con la montaña? ¿Describirla? Montañas hay en todas partes. Los países no valen por sus montañas.” (Arlt, Aguafuertes cariocas)

I.

¿Por qué Varsavsky hoy? ¿Por qué sumar a la reciente reedición de *Estilos Tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista* (Buenos Aires: Biblioteca Nacional/MINCYT, 2013) la puesta en circulación de *Proyectos Nacionales. Planteo y estudios de viabilidad* (Buenos Aires: Periferia, 1971)?

Nos sobran los motivos.

Primero, los debates en torno de *estilos de desarrollo* están plenamente vigentes en América Latina. Cítese o no a Oscar Varsavsky, la pregunta por los *criterios* de desarrollo tecnológico, por los *modelos* de país, por las *pautas* de consumo es una pregunta candente y necesaria. Si hay escucha y el texto de Varsavsky genera efectos, hablar de *desarrollo*, así a secas y en singular, produce una incomodidad que pronto deviene insalvable.

Segundo, por la potencia política de sus modos de decir, que se expresa en la conciencia de las alternativas, en la apuesta por trascender lo evidente, en las formas de exponer los antagonismos. Y porque el significant *proyecto* involucra el deseo: objetivos aquí no son metas, son tramas que se van creando, recreando y transformando en cada instancia de la construcción colectiva.

Tercero, y entendemos que esto es fundamental, la pregunta por la totalidad: un estilo de desarrollo no es un cierto modo de ordenar la economía. Es, en cambio, una matriz de proposiciones en torno de los presentes/futuros que queremos, y eso involucra todo un universo de prácticas. Hablar de estilos de desarrollo es hablar de salud, de proyectos educativos, de instituciones, de formas y grados de participación, de criterios de selección de tecnologías, de posiciones y relaciones internacionales, pero también de imágenes de mundo, de concepciones ante la muerte, de hacer y pensar cultura, del ocio y las actividades creativas; en suma, de las formas de vivir. Y, sabemos, esta es una cuestión que está de vuelta entre nosotros: en Ecuador, en Bolivia, en Venezuela, con otros matices en Uruguay y también en la Argentina.

Escuchar hoy a Varsavsky para poner a funcionar los trazos de una memoria discursiva (soterrada en muchos casos por el dolor de las derrotas), que expresa la búsqueda incesante de un estilo propio, de signo emancipador.

II.

Hay tres gestos en *Proyectos Nacionales*. El primero es abrir, expandir los límites de lo visible. Y así Varsavsky analiza la viabilidad de estilos impensados pero pensables –“una probable colonia lunar”, denominada LUNA– y caracteriza formas de vida –“una sociedad bucólica hippie”, que denomina HIP– cuya inclusión en una tipología de estilos de desarrollo era hasta entonces “impensable”. Se trata, podríamos decir, del gesto iniciático de la aleph: sin producir sonoridad, es la disposición necesaria para horadar el silencio y engendrar así la palabra de una lengua nueva.

El segundo es el gesto polémico: confrontar estilos –que no necesariamente equivalen a proyectos: el proyecto es, por definición varsavskiana, voluntario e ideológicamente explícito–

¹ Este escrito fue publicado en el número 6 de la revista *Mancilla* (noviembre de 2013, pp. 132-137).

para remover los cimientos a partir de los cuales el *estilo de desarrollo consumista*, CONS –que devendrá DES en *Estilos tecnológicos* (1974)– no se muestra como opción política sino como equivalente “natural” de *desarrollo*. Esta distinción entre *desarrollo* y *desarrollismo* se sustenta en un mecanismo morfo-político de derivación sumamente productivo en Varsavsky, que organiza también la materialidad de otras palabras-concepto: *cientificismo* en aquel texto de 1969, *seguidismo* cada vez que las pautas que se adoptan sean sin más aquellas de los países centrales. (Los *-ismos* y Varsavsky, por cierto, no se llevaban muy bien).

El tercer gesto avanza hacia el núcleo del planteo y pone en juego una dimensión propositiva: formular la/una alternativa deseable y viable, alternativa que nunca cesa de ser pensada críticamente y que, por tanto, es comprendida como una estabilización relativa en un proceso de largo alcance. En *Proyectos Nacionales*, CREA; en los documentos del Centro de Planificación Matemática, SNC: Socialismo Nacional Creativo. Así aparecerá, luego, en *Estilos tecnológicos* (1974).

III.

El desarrollismo es a Varsavsky lo que el paisajismo es a Arlt: no le gusta nada, pero nada. Y, como Arlt, no se acomoda ni se queda donde no quiere: con la (pre)potencia del deseo y del trabajo, encara una apuesta-respuesta que tiene la fuerza de un cross a la mandíbula.

Y en ese combate pugilístico, Varsavsky juega con todos los elementos de que dispone: variables matemáticas, reflexiones sobre el lenguaje, ejemplos, definiciones de principios y heteroglosias varias.

Hay, pues, también algo del estilo que hace de *Proyectos Nacionales* un texto arltiano: allí en los epígrafes, donde se espera la palabra precisa y la cita de autoridad, aparece la voz de los rufianes (“*El dinero no es todo: hay otras cosas. No recuerdo cuáles, pero hay.*” *Mi amigo el Gordo*), asoma la cadencia del tango (“...*que venga el mucamo corriendo apurado y diga: Señora; araca, está el For.*” E. P. Maroni, “*La mina del Ford*”, *tango consumista*), los anónimos de nuestra lengua popular (“*Cuanto más grande, más sonso.*” *Del refranero argentino*), los juegos e inflexiones del lenguaje cotidiano (*Si en vez de 100tíficos y 1000itares tuviéramos 1000tíficos y 100itares...Mi amigo el Eric*).

Pero Varsavsky no se encierra a escribir en orgullosa soledad –como también dirá Michel Pêcheux en *Les Verités de la Palice* (1975): solo se puede destruir verdaderamente lo que se es capaz de reemplazar– sino que promueve espacios en los cuales pensar y producir colectivamente (en Buenos Aires, el Instituto de Cálculo primero y luego el Centro de Planificación Matemática; en Caracas, el CENDES - Centro de Estudios de Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela). *Proyectos Nacionales* es también la escritura de esa producción colectiva, itinerante a fuerza de viajes y de exilios.

IV.

La lectura del archivo no es, no creemos que deba ser, ni erudición ni anécdota. Tampoco simple conmemoración. Por eso, el texto de Varsavsky puede ser leído como un locus del que asoman nuevas interrogaciones. Esta es la invitación: no solo leer *a* Varsavsky sino leer *en* Varsavsky.

Nos detenemos así en una última cuestión, nodal para pensar un estilo de desarrollo propio y un Proyecto Nacional: qué cultura queremos (¿qué es una “cultura nacional”/una “cultura nuestra”?). Y en este punto resulta crucial detectar en Varsavsky no solo la pregunta por el alcance del “nos” sino también ese otro dardo con el que hace estallar la falsa dicotomía entre dependencia cultural y “tradiciones nacionales”. Entonces ensayamos, desde/con Varsavsky: emancipación cultural no es telurismo sino creatividad, es poner a jugar los elementos –todos los elementos de los que dispongamos– para componer, con sus heterogeneidades y tensiones, un presente/futuro que nos guste.

(Y que los eunucos bufen.)

Oscar Varsavsky. *Proyectos Nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Ediciones Periferia, 1971.

INTRODUCCIÒN

"Te creés que al mundo lo vas a arreglar vos..."
Discépolo. "Que vachaché".

El tema de este libro es el futuro, lejano y cercano, de nuestro país. Pero no se trata de Futurología o Prospectiva en su sentido usual de imaginar el futuro más probable o verosímil; esto debe quedar claro.

No nos consideramos observadores de un proceso que se desarrolla allá a lo lejos y cuyas tendencias queremos descubrir para predecir con ellas lo que vendrá, como se predice si una estrella estallará algún día. Por el contrario, somos parte de ese proceso e influimos en él. Nuestra Futurología es pues constructiva y política. Consiste en definir un futuro que cumpla dos condiciones:

- que nos guste (y será crucial definir quiénes son "nos");
- que sea viable, posible de realizar (en las condiciones históricas particulares de cada país al que quiera aplicarse este método).

Trataremos de estudiar este problema con la máxima objetividad posible, pero la elección del problema, y de los métodos de tratarlo, es un juicio de valor, está influida por una ideología. Así, estudiar sólo la tendencia más probable implica resignarse a ella –es respetar las "reglas del juego", impuestas en buena parte por intereses humanos nada objetivos–, nos guste o no. Como no nos gusta nada, pero nada, preferimos buscar –para construirlos– otros futuros más deseables; menos probables, tal vez, pero posibles. Encontrado un futuro deseable y viable, podemos adoptarlo como Proyecto Nacional; Proyecto, porque pondremos nuestra voluntad y fuerzas al servicio de su realización; Nacional, porque se refiere al país entero, sin prejuzgar si el país lo adoptará también o no, ni creer que ello requiere unanimidad o consenso de todos los grupos sociales. Si ese futuro no coincide con el predicho por los futurólogos "alejados" (casi digo "alienados"), y admitiendo que estos saben de qué están hablando, tanto peor, pues ir contra una tendencia es como navegar contra el viento: cuesta más esfuerzo y requiere una estrategia especial.

Ese esfuerzo extra tiene que haberse tomado en cuenta en la condición de viabilidad: si decimos que el Proyecto es viable es porque hemos calculado que a pesar del viento en contra –a pesar de los grupos que se opongan, por ejemplo– podremos mantener el rumbo. En otras palabras, se trata de incluir en el cálculo los factores sociopolíticos –los conflictos de intereses– y no sólo los económicos-tecnológicos.

(...)

Nuestro rechazo de la sociedad actual nos une a todos los inconformistas. Pero, entre estos, no son muchos los que se preocupan por visualizar cómo debe ser la que la reemplace. Para algunos incluso esto es distraer esfuerzos de la lucha por el poder, etapa previa a toda transformación profunda, sin duda. Basta plantearse alguna característica general como "socialismo", y luego "el camino se hace al andar"; no es necesario disponer de un Proyecto Nacional más concreto, e incluso se afirma que es imposible definir el "socialismo" salvo en términos generales. No es esa nuestra interpretación de la experiencia histórica, pero limitémonos a señalar que una vez tomado el poder, la necesidad de un Proyecto Nacional concreto es indiscutible. Varios son los países socialistas que están viendo la dificultad de hacer hasta un Plan Quinquenal correcto sin tener una visión mejor definida del futuro; las desviaciones se acumulan en vez de compensarse y los medios traicionan a los fines. Otros reaccionan contra esta sociedad mirando hacia atrás: haciendo revisionismo histórico para encontrar los culpables de nuestra situación actual, o buscando inspiración en las tradiciones del pasado. Creo que esto es destructivo.

Todo hecho histórico es interpretable de diversas maneras, y discutirlos sólo puede desunirnos. Vale la pena entonces repetir que la ideología de este libro es constructiva. Queremos construir una nueva sociedad, y el Proyecto Nacional es para ello tan necesario como los planos y anteproyectos de cualquier obra. Él deberá expresar, de manera constructiva, nuestra interpretación global de la historia del país y del mundo. Si es socialista, no necesita definir "el" socialismo, sino "un" socialismo: el nuestro.

CAPÍTULO 1

Planteo general

"Que el mundo fue y será una porquería..."
Discépolo. "Cambalache".

Los principios básicos del método

Este autor quiere un mundo mejor que el de Discépolo. Lo quiere aquí, en su país, para vivir en él. Se trata de construirlo, no de soñar con él.

Por desgracia todavía hay que hablar mucho acerca de ese mundo mejor, a pesar de los siglos que tiene el tema. Hablar al mismo tiempo que se actúa, porque no hacen falta muchos análisis para la acción inmediata, ni se puede esperar que estén terminados. Pero no dejar de hablar porque:

- Hay que definir cómo es ese " mundo mejor".
- Hay que calcular si es realmente viable, alcanzable, y cómo.
- Hay que aprovechar la visión de un mundo mejor bien definido y viable para ayudar a alcanzarlo, mediante la prédica y la práctica que esa visión sugiere.

Para muchos esta tarea ya está realizada en grado suficiente y el problema único es "tomar el poder". La historia reciente, sin embargo, parece mostrar que es menos difícil tomar el poder que usarlo después para alcanzar ideales, por sinceros que sean. Esperamos ir mostrando que un motivo importante de ello –no el único– ha sido una insuficiente definición de los objetivos en diversos aspectos esenciales.

En este libro se hablará, pues, de mundos mejores y su viabilidad. Habrá que tocar conocidos temas de economía, tecnología y todas las ciencias sociales, pero el énfasis va a ser distinto: todo lo veremos con los ojos del constructor, del que busca por todas partes materias útiles para la obra que proyecta y descarta las inútiles por bonitas que sean. Este énfasis trae apreciables cambios conceptuales.

El punto de vista constructivo no fue del todo ajeno a ningún pensador digno de ese nombre, pero no podía llevarse a la práctica por falta de medios técnicos e información. Ahora están desarrolladas las "fuerzas productivas" metodológicas y hecha la "acumulación inicial" de conocimientos que permiten una síntesis de la planificación usual, la formulación de utopías y el análisis político, a un nivel concreto y útil: me refiero en especial a la posibilidad actual de manejar grandes cantidades de datos en forma integrada y sistemática, lo cual posibilita observar los árboles sin dejar ver el bosque.

El espíritu constructivo nos hará hablar de "Proyecto Nacional" en vez de "mundo mejor". "Proyecto" para recalcar el carácter consciente, voluntarista, de la obra que encaramos. "Nacional" porque vamos a referirnos no al mundo en general sino a países –o grupos de países– de cierto tipo: similares a la Argentina; esto por razones prácticas y también teóricas (ver justificación del nacionalismo en cap. V) y sobre todo por lo dicho al comienzo.

Emplearemos también el término más general "estilos de desarrollo", que alude a que hay

muchos futuros posibles si bien no implica que se estén construyendo de manera consciente: todo proyecto define un estilo, pero hay estilos no proyectados por nadie explícitamente. Así lo que nos describen los futurólogos es un estilo "consumista": extrapolación mecánica de lo que viene ocurriendo, o tendencia más o menos "espontánea". Nuestro tema será, pues, la preparación de Proyectos Nacionales realizables y las estrategias –económicas, sociales y políticas– que permitan realizarlos. Definición y viabilidad de los objetivos deseados son los dos aspectos a tener siempre en cuenta.

¿Cuál es la forma más práctica, concreta, constructiva, de definir los objetivos de un Proyecto Nacional?

Los planificadores han impuesto como objetivo general el "desarrollo", sinónimo de progreso y modernización. Se lo mide por la "tasa de crecimiento" del PBI (Producto Bruto Interno): un Proyecto Nacional viable, según ellos, podría resumirse, por ejemplo, proponiéndose crecer al 8 % anual durante 20 años. Una estrategia para ello sería empezar instalando infraestructura e industrias básicas –energía, siderurgia, fábricas de máquinas de hacer máquinas–.

Rechazamos esa manera de plantear objetivos, y diremos en detalle por qué, en el capítulo siguiente. Ya entre los mismos planificadores son muchos los que se preguntan "¿desarrollo para qué?", "¿qué va a contener ese PBI?", "¿qué le va a tocar a cada uno?". Conformarse con proponer una alta tasa de crecimiento es en esencia pedir "más de lo mismo" socialmente, lo cual puede ser suficiente definición para quienes estén satisfechos con este sistema social, pero no para quienes quieren cambiarlo.

Hay pues un contenido ideológico escondido tras esa manera aparentemente tan neutra y "científica" de presentar un objetivo numérico, cuantificado. Y no sólo existe la intención ideológica de hacernos olvidar el contenido de ese crecimiento –de sugerirnos por ejemplo que admiremos a Brasil porque tiene una alta tasa–, sino también una concepción ideológicamente deformada del país, presentado como si fuera una empresa, cuyos objetivos sí pueden resumirse con un solo número: la ganancia.

No estamos en contra de la ideología –un Proyecto Nacional es ideología pura–, pero sí de que se intente introducirla de contrabando. Los objetivos deben expresar con toda claridad una ideología; deben en realidad redefinirla en términos concretos. Para eso, tales objetivos no pueden estar dados por tres, cuatro o diez indicadores cuantitativos globales y de corto plazo, sino que deben expresar todos los aspectos cualitativos del Proyecto: cómo serán la educación, la participación política, el régimen de propiedad, las ciudades, la dependencia económica y cultural, y esto a lo largo de un período mucho mayor que el de los planes anuales o quinquenales, para que se vean las diferencias.

Nos parece tan importante este punto que vamos a elevarlo a la categoría de Principio:

Principio 1 (de la ideología explícita) : Un Proyecto Nacional no debe plantearse en términos de tasas de crecimiento u otros indicadores cuantitativos globales, sino en términos de cumplir –a lo largo de un período apreciable de tiempo– un conjunto de diversos objetivos simultáneos que expresen con claridad todos los aspectos ideológicos. Para ello esos objetivos deben definirse primero en sus características cualitativas y sólo después cuantificarse para los distintos grupos de población.

Este principio significa, además, que los diversos objetivos simultáneos no son intercambiables unos por otros. En particular, que no son reducibles a la misma unidad por medio de precios, a la manera de la teoría usual de la utilidad o preferencia del consumidor. La libertad no es comparable a la vivienda ni la igualdad a la salud. Cada una es un objetivo aparte.

Más importante aún: todo Proyecto Nacional con pretensiones de realizarse tiene que ser promovido por algún partido, grupo o movimiento político –que llamaremos siempre, para abreviar, el Movimiento–, o una alianza de varios de ellos.

(...)

CAPÍTULO II

Las falacias del lenguaje económico

"Cuanto más grande, más sonso"
Del refranero argentino

El doble lenguaje de la Economía

La enorme difusión publicitaria que se da hoy a los problemas económicos, y la terminología semitécnica que los periodistas usan cada vez con mayor entusiasmo, han logrado que el público intelectual esté aceptando poco a poco cierta manera de hablar que lo separa cada vez más de la realidad, mientras lo consuela con una ilusión de sabiduría profunda. Como aquí no se utilizará ese lenguaje, es necesario aclarar por qué, cuáles son sus relaciones con el nuestro y qué peligros entraña desde nuestro punto de vista.

Por ese motivo, no tenemos más remedio que dedicar un capítulo entero a analizar el lenguaje, los conceptos, con que los tecnócratas nos plantean esos problemas que todos conocemos, vivimos y queremos resolver.

No es que creamos que los problemas de la realidad sean semánticos; nada de eso: el hambre es hambre, llámese como se la llame. Pero si las soluciones se discuten en términos de "producto per cápita", lo más probable es que sólo se tienda una cortina de humo sobre el problema.

El lenguaje –vaya novedad– no es la realidad, pero es un instrumento básico para comprenderla y transformarla, siempre que permita una representación más o menos fiel de ella. En la primera mitad de este siglo se estudiaron con detalle los falsos problemas creados por las palabras en la matemática y la física. A un nivel menos sofisticado es necesario hacer lo análogo para la planificación, y nosotros recogeremos parte de lo mucho que ya se ha dicho al respecto, traducido a nuestros criterios constructivos.

Comenzaremos por la terminología menos esotérica pero más peligrosa por su popularidad: subdesarrollo, tasa de crecimiento, ingreso o producto bruto interno o PBI, ahorro interno, transferencia tecnológica, exportaciones competitivas, déficit, financiación, etcétera. Son palabras fáciles de aprender y que permiten manejar cifras, estadísticas, hacer comparaciones numéricas con el pasado y con otros países.

Así se da la sensación de que se procede de manera seria, "científica", puesto que eso facilita el uso de computadoras y fórmulas matemáticas. Los planes de desarrollo y los discursos de los ministros tecnócratas adquieren entonces un tono profesoral, académico, y es difícil no creer que allí está la verdad desnuda, objetiva, imparcial, ideológicamente neutra.

Así es como se define y evalúa la estrategia global de un país mediante indicadores cuantitativos globales de crecimiento, inversión, inflación, etcétera, según criterios y costumbres que convienen a los organismos internacionales de financiación. Por desgracia otros organismos internacionales menos comprometidos –como las Naciones Unidas– utilizan los mismos indicadores porque es la forma más fácil de llevar estadísticas comparativas a nivel internacional, sin entrar en conflicto con los gobiernos.

Santifican así la tendencia a considerar a un país como una cosa, medible con tres o cuatro magnitudes numéricas, casi todas monetarias.

Sin embargo, en estos mismos organismos se encuentran numerosos estudios que proponen incluir aspectos menos globales, más cualitativos, desde la vieja polémica monetarismo-estructuralismo del 50 hasta el reciente interés por la dependencia económica, pasando por el descubrimiento de la distribución del ingreso, las desigualdades regionales, los factores sociales y los problemas políticos de la "implementación".

Aquí insistiremos a fondo sobre la necesidad de aclarar primero cuál es la estructura cualitativa del país –y en particular de su economía– antes de hablar de indicadores globales cuantitativos. El énfasis en la cantidad, el uso de estos números sin aclarar su contenido, creemos que es una trampa ideológica, y la llamaremos la falacia cuantitativa. Ella es típica del "desarrollismo" y pretende que la esencia de todo Proyecto Nacional es un conjunto de tasas

de crecimiento.

(...)

Como síntesis de todas las falacias anteriores, se nos dice que somos un país subdesarrollado y que el único Proyecto Nacional concebible es, evidentemente, desarrollarnos.

Estos términos introducen de contrabando todo un esquema ideológico, según el cual los países se pueden ordenar linealmente por su "grado de desarrollo", desde avanzados hasta subdesarrollados. La historia de un país recorrería esa escala; se da una serie de etapas para pasar de la categoría más baja a la más alta, con mayor o menor velocidad. Siendo una ley histórica, hay que adaptarse a ella, y el objetivo nacional fundamental deberá ser acelerar ese proceso de todos modos inevitable.

No queremos referirnos en este párrafo a la imposibilidad práctica de que un país dependiente pueda alcanzar al que lo tiene controlado; este problema por suerte está hoy bastante claro para todos. Nos interesa mostrar que la idea misma del desarrollo lineal es falaz aun si fuera viable.

La imagen desarrollista del mundo se apoya en un hecho real: estamos disconformes con el estado actual de cosas; queremos "progresar", "mejorar", "desarrollarnos" o como quiera decirse. La trampa está en la linealidad, la vía única y se arma mediante la típica falacia cuantitativa de medir el desarrollo por un número –el más usual es el ingreso por habitante, acompañado a veces por el grado de urbanización (porcentaje de población urbana) o de industrialización– y deducir de ahí que debemos imitar a los países que tienen más alto ese indicador.

(...)

Todo este enfoque es falaz: no tenemos obligación de aceptar como "modelos" a EE.UU., URSS o China, como tampoco estamos obligados a rechazarlos en todos sus aspectos. Desarrollo es, sí, un término relativo, pero relativo a las metas que el país se plantea; a su propio Proyecto Nacional, no al de otro país. Si el estado actual de nuestro país no es todavía como nosotros –no el BID o el FMI– lo quisiéramos, somos entonces subdesarrollados. Cuando alcancemos nuestros objetivos seremos desarrollados, hasta plantearnos otros nuevos. Poco nos deberá importar, si llega esa feliz época, que los EE. UU. o los economistas nos sigan llamando subdesarrollados porque no tenemos máximo ingreso p.h. Con el mismo derecho podremos –y podemos desde ahora– afirmar que esos países líderes son también subdesarrollados, si no cumplen los objetivos que a nosotros nos parecían correctos.

No hay problema con la palabra "estancamiento". Estancarse es no cambiar y eso se reconoce fácilmente. Desarrollarse es avanzar, pero esto no significa nada si no decimos hacia dónde. Hay muchas metas posibles, muchos caminos. Que un país haya avanzado mucho por un camino no es motivo para que lo sigamos como carneros de Panurgo. Nuestro camino es nuestro Proyecto Nacional, nuestro estilo de desarrollo.

Sin un Proyecto Nacional explícito somos fáciles víctimas de la falacia cuantitativa. El sustituto más fácil de un objetivo nacional es "tener más". Más de lo que nos quieren vender los que controlan nuestros hábitos de consumo mediante la publicidad; más de lo que los tecnócratas educados en las teorías del hemisferio norte creen que debemos tener; pero en resumen, socialmente, más de lo mismo. Con un Proyecto Nacional tenemos nuestra propia pauta y medida de desarrollo, que recién entonces podremos cuantificar de la manera que nos resulte más útil. Es el lado constructivo de la lucha contra la dependencia cultural.